

IMÁGENES

DE LA INDUSTRIA TURÍSTICA EN MÉXICO 1950-1975

Francisco Morales

I

El turismo es un fenómeno derivado de nuestra curiosidad por otras culturas y del afán de comprender mejor los misterios de la vida. Turismo viene de la palabra *tour*, que significa contorno y por ello se refiere a un viaje con regreso al punto de origen. En un tiempo era turista quien caminaba a la aldea vecina, para lo que se bastaba a sí mismo. Pero conforme el transporte se fue diversificando y los alojamientos se fueron estableciendo, quedaron conformados los elementos que subsisten como base de la industria, los cuales brindan al viajero la forma de viajar, los sitios en donde hospedarse y también el medio para coordinar dichos factores antes de emprender la travesía.

El invento de la máquina de vapor en el siglo XIX hizo posibles los ferrocarriles y los grandes trasatlánticos, con el consecuente desplazamiento masivo de gente de todo tipo: turistas, emigrantes, combatientes y prisioneros. La primera mitad del siglo XX, marcada por las tragedias de dos guerras mundiales, vio el inicio del turismo en aviones a pistón, cuyo acceso quedaba fuera del alcance del ciudadano común por su alto precio. Fue hasta los años cincuenta cuando los aviones con propulsión a chorro dieron origen a lo que entonces se llamó “*jet set*” y que ahora se ha convertido en una industria global multitudinaria.

A fines de los años 40 y en la siguiente década, la bonanza de la posguerra trajo a México un aumento sin precedente en el número de turistas norteamericanos. La Ciudad de México, Taxco y Acapulco adquirieron renombre y sus hoteles y negocios de turismo se llenaron de clientes. Como la prosperidad va de la mano de la expansión, en breve florecieron más y mejores establecimientos. Se necesitaba personal para atender a los clientes de los nuevos negocios y no existían escuelas de turismo ni centros de capacitación hotelera. La solución era reclutar candidatos con un mínimo de requisitos. Bastaban una personalidad amable y un inglés aceptable para ocupar las vacantes. Fue así como ingresamos al ramo muchos jóvenes con carreras trucas y en busca de oportunidades. Algunos tuvimos la suerte de aprender de profesionales con experiencia internacional, aunque en la mayoría de los casos los instructores eran autodidactas a quien la experiencia había enseñado a conocer y atender los gustos no muy complicados de los norteamericanos. A falta de

tecnología, nos veíamos obligados a valernos de la creatividad para resolver problemas y cumplir con el trabajo. Gracias a ello, muchos encontramos dentro de nosotros un verdadero espíritu de servicio y esto nos abrió la puerta de los ascensos futuros. Los integrantes de aquel grupo mayormente improvisado tuvimos la oportunidad, nada menospreciable, de contribuir a colocar a nuestro país entre los destinos más atractivos para el turismo en el mundo.

Esta pequeña crónica trata de sucesos del turismo durante los años 1950 a 1975, aproximadamente, durante los cuales se formó y consolidó la estructura turística mexicana, que por su calidad llegó a tener una demanda extraordinaria y una fortaleza que es ejemplo para el proyecto turístico de muchas naciones en desarrollo, como las que componen el mosaico de América Latina y el Caribe. También narra anécdotas de la época y menciona a varias personas famosas. Sin embargo, sin restar mérito a los hombres de negocios que con su entusiasmo y visión hicieron posibles tantos logros, la parte medular de estas notas se refiere a personas que devengan o devengaron sus sueldos en hoteles, líneas aéreas y agencias de viajes, y a ellos están dedicadas. Son apuntes cuyo simple propósito es despertar en el lector memorias del pasado. No hay aquí inventores ni científicos notables, sino solamente listas de nombres, como las que recitan los maestros en la escuela o los oficiales de grado en el cuartel. Pero detrás de cada nombre hay una cara y la incomprensible naturaleza del ser humano. De cada vida podrían escribirse tomos. José Saramago nos habla de un registro colosal en donde estaban escritos *Todos los Nombres*.

II

Con alguna frecuencia voy al parque de Cozumel a tomar un refresco con mi amigo Pepe Leza y la plática invariablemente llega a las memorias que ambos guardamos de los tiempos cuando fuimos hoteleros y las gentes a cuyas vidas nos asomamos. Comentamos que cada día somos menos las personas que recordamos el arribo a un andén de una locomotora de enormes ruedas, en medio de resoplidos de vapor, sonoras campanadas y fuertes trepidaciones. La primera de estas máquinas que vi, algo asustado, llegó a la terminal de Buenavista, donde luego abordé con mi familia el coche dormitorio del Ferrocarril Interoceánico para amanecer al día siguiente en el puerto de Veracruz. En aquel tiempo la Ciudad de México todavía funcionaba adecuadamente con la sólida estructura heredada del vituperado porfiriatto:

terminales ferroviarias, mercados, hospitales, hospicios, reclusorios, bibliotecas y tranvías para el transporte público.

Cuando pasé mi primera noche en un hotel tenía pocos años, pero nunca olvidaré los elevadores, ni el trato amable de los botones, ni la vista nocturna de la fosforescencia del mar desde la terraza del Hotel Papagayo de Acapulco. Recuerdo en especial aquella noche porque durante la cena había corrido de boca en boca entre los comensales la triste noticia escuchada en la radio, de que el famoso matador Alberto Balderas había muerto de una terrible cogida en la plaza El Toreo.

El primer hotelero a quien recuerdo haber dado la mano se llamaba Manolo del Valle, quien tenía historia en la Ciudad de México. A su llegada trabajó con el maestro Sylvain Daumont, quien desde 1903 había atendido el restaurante Sylvain, que por décadas fue considerado el centro gastronómico de la gente famosa y al cual sobrevivió por muchos años una taquería muy popular llamada “El Sylvañcito”, ajena por supuesto al ilustre maestro francés. Manolo del Valle inició sus negocios propios: el Pigalle, el Perroquet, La Cigalle y el Bar Manolo de la avenida Juárez. Terminó estableciéndose en la colonia Nápoles, donde, en compañía de su esposa Jeanette, una virtuosa de la cocina francesa, abrió el hotel L’Escargot y un elegante salón de fiestas de nombre Grillon. A la pareja la conocía todo el mundo como “el patrón y la patrona” y eran anfitriones famosos entre la intelectualidad. Lo que más admiraba yo de su hotel era un mural pintado por Ernesto “el Chango” García Cabral. En el mural aparecía Manolo abrazando a dos beldades encueradas, una negra y una rubia, que representaban su apetito por el sexo femenino y encendían mi imaginación. El resto del cuadro lo ocupaban las caras de gente famosa, los amigos de la casa. L’Escargot era uno de los muchos hoteles-jardín construidos en la época. Los más bonitos estaban en Cuernavaca, con grandes extensiones verdes. Entre ellos destacaba el Marik Plaza, de Seymour Rubens, que tenía un jardín muy hermoso en varios niveles y justo afuera el bar “La Universal” y el parque lleno de pájaros cantores.

Entonces, al igual que hoy, estaban de moda los SPA, llamados sólo balnearios, aún cuando los tres manantiales más famosos, Purúa, Ixtapan y Peñafiel, tienen en sus aguas los elementos terapéuticos para ofrecer con propiedad “Salud Por Agua”, de lo que adolecen la mayoría de los modernos SPA. San José Purúa, rodeado de inigualable naturaleza, merecía un viaje especial que se complementaba con visitas a Morelia y al lago de Pátzcuaro. El Hotel Peñafiel de Tehuacán fue diseñado con el estilo californiano de las primeras residencias de las Lomas de Chapultepec, compartido con varios hoteles de su tiempo, como el Mocambo, el Playa de Cortés, el Casino de la Selva y el María Cristina. El otro gran SPA era el Hotel Ixtapan, donde hace muchos años recibí las primeras lecciones de hotelería de un caballero de grata memoria, Francisco de P. Carral.

El fin de la guerra había traído a México muchos turistas que llegaban en su mayoría por las carreteras y el ferrocarril, ya que la aviación, por su costo, estaba reservada para la elite. El presidente Miguel Alemán, con gran visión, extendió los

camino y construyó la autopista México-Acapulco. En esa época se comenzaba a dotar a los hoteles con accesos para autos y remolques. A este tipo de hospedajes, antes de que les colocaran el feo nombre de “moteles”, les llamaban por el inglés “courts”, nombre que terminó en el arroyo cuando comenzaron a aplicárselo a hoteles de paso. Por las rutas que confluían en la capital comenzaron a construirse hoteles para automovilistas, como el Hotel Valles. En el D. F. estaban el Shirley’s Courts, el María Bárbara y el Park Villa; en Cuernavaca, Los Canarios; en Taxco, el Victoria y el Rancho Taxco; en Acapulco, Las Hamacas y el Prado Américas; y en Fortín de las Flores, el hotel con la famosa piscina cubierta por gardenias de Armando Ruiz Galindo.

En la capital, antes del auge, acogían al turismo internacional los hoteles Regis, Ritz, Gillow, Ontario, Guardiola e Imperial. Cuando los norteamericanos comenzaron a “descubrirnos”, se construyeron varios y les pusieron nombres ad-hoc, como Lincoln, Roosevelt y Prince. También se inauguraron el Geneve y el elegante Reforma, por donde pasaron hoteleros de alcurnia. El primer gran hotel fue sin embargo el Hotel Del Prado, que abrió con un sinfín de innovaciones como la gran maravilla mecánica que en su tiempo fue la caja National 2000 y otro complejo aparato para hacer tirillas de registro, de marca Elliot Fisher, a cuyos operadores el ingenio mexicano pronto adjudicó el título de “elotes”. El Hotel Del Prado trajo de Europa una planta profesional de servicio para sus excelentes restaurantes y bares, entre los que destacaba el Salón Versailles, donde se podían disfrutar las actuaciones de “Los Churumbeles de España”.

Algunos años después se inauguró un hotel muy fino, más pequeño y personal, que en su época acaparó a la gente de gran mundo que visitaba la ciudad de México. El Hotel Bamer enmarcó un modelo de calidad y fue escuela de muchos de nosotros. Su primer gerente fue Eduardo Thomas que, a pesar de ser muy joven, ya tenía una sólida carrera; luego del Bamer fue contratado para abrir el Alffer y después El Presidente de la “Zona Rosa”, seguido por El Presidente de Acapulco. Estos hoteles se disputaban, tanto en sus habitaciones como en sus exclusivos restaurantes y bares, a la clientela de mayor gasto. Para complacer a sus exigentes parroquianos, la decoración de los tres primeros fue encargada al prestigioso arquitecto Arturo Pani, y la de El Presidente de Acapulco al famoso Noldi Schrek.

Trabajando en la Recepción del Bamer conocí a Anarcis Peralta. Su padre era un famoso hombre de negocios, carismático y audaz, que se desenvolvía en los medios políticos, taurinos, artísticos y hoteleros, entre otros. Fue empresario de la plaza “El Toreo” de la Colonia Roma y concibió la “Ciudad de los Deportes” en Insurgentes, donde construyó el Estadio Olímpico y la “monumental” Plaza México. Era el dueño del Hotel Regis, con su club nocturno Capri, en donde tocaba el piano Agustín Lara, cantaba Pedro Vargas y desfilaban las estrellas más famosas del momento. El terremoto de 1985 se llevaría en unos segundos tantos sueños y tantos recuerdos de este famoso albergue, que floreció en lo que fue una ciudad hermosa y civilizada.

Por aquellos años llegué al Hotel Belmar de Mazatlán, famoso porque allí mataron a balazos a un gobernador de apellido Loaiza cuando salía de un banquete. Mi cuarto tenía vista a la playa de Olas Altas y cada noche gozaba del arrullo del mar. El hotel, construido en los treinta, era un centro social donde cada domingo se reunían las señoritas de sociedad para bailar las piezas de moda interpretadas por un conjunto pasado de moda. En la terraza había sillas mecedoras de madera dura torneada en el pueblo de Concordia y bajo los portales que bordeaban la calle, se contemplaban las hermosas puestas de sol y los alegres desfiles de carnaval. Mazatlán era una apacible ciudad provincial de ambiente marineramente, en donde los callos de hacha sazonados con chile y limón se vendían por las calles en cucuruchos de papel y los parroquianos de los bares aguardaban ansiosos la temporada de los silios, pescadillos parecidos a los boquerones fritos.

Visto que los nuevos establecimientos requerían de más empleados, José Luis Machorro abrió la primera “Escuela Panamericana de Hotelería”. José Luis venía del Hotel Continental en el Paseo de la Reforma, luego convertido en el Continental Hilton, que cada noche se adornaba con una lluvia de fuegos artificiales que estallaban a las once en punto fuera del club Belvedere. Este hotel terminó sus días con un gran estallido, al tener que ser dinamitado después del terremoto de 1985.

III

Parte fundamental de la industria del turismo son los restaurantes y los centros nocturnos. En los años cincuenta había en la ciudad de México varios establecimientos de calidad internacional que atendían tanto a la próspera clase política, como a la gente de recursos y al turismo. Entre los restaurantes famosos se encontraba el de Amador Prendes, fundado en 1892. También estaban El Danubio, el Acapulco, con vitrinas plétoras de apetitosos crustáceos; el Normandie, de comida francesa; el Chapultepec, de larga tradición; y el Lido, fundado por Alex Cardini padre, a quien se atribuye la receta de la Ensalada César. Un caballero catalán de nombre Dalmau Costa abrió en el Paseo de la Reforma el Restaurante Ambassadeurs, de gran calidad. Costa trajo a México a Jordi Escofet, quien manejó el Restaurante del Lago cuando se abrió la segunda sección del Bosque de Chapultepec, y sigue atendiendo a su clientela en La Cava. Muy cercano a Costa, que presidió durante muchos años la Asociación Mexicana de Restaurantes, estaba Armando Farga Font, llegado de España en 1941, una autoridad en gastronomía, quien escribió el libro “Historia de la Cocina en México”, tesoro de las tradiciones culinarias de nuestro país.

En el hotel Reforma estaba el famoso cabaret Ciro's. Otros centros nocturnos muy frecuentados eran El Patio, en donde comenzaron sus carreras tantos artistas famosos, El Rossignol, el Sans Souci, el Minuit, el Astoria, el Capri, el Paolo y la Taberna del Greco del hotel Regis; y, en un nivel más popular, el legendario teatro-cabaret Waikiki, el Río Rosa y el



Catacumbas, con su “show” de calacas que bailaban la “Dance Macabre”. Si los turistas deseaban tomar café en un ambiente pintoresco, podían dirigirse a los bulliciosos y céntricos cafés Tupinamba, Campoamor, Sorrento y Do Brasil, en donde se congregaban los refugiados españoles recién llegados, los vendedores de lotería, los aficionados a los toros, los boleros y algunas celestinas con sus pupilas en busca de clientela. Por las noches, los teatros Follies, Lírico y Tívoli presentaban a las “exóticas” de ondulante cadera que se mecían al compás del bongó: Tongolele, Kalantán, Tailuma, SuMuKey, Friné, Yara, Naná y otras. Estas populares bailarinas sucedieron a las famosas rumberas del cine y aparecían regularmente en las páginas de la revista “VEA”, omnipresente en las peluquerías de la capital. Las orquestas de Luis Alcaraz y Everett Hoagland amenizaban los Té Danzantes en grandes salones como el Buganvilla, Riviera y Ciro Hoagland. Quienes preferían bailar danzón, herencia de Cuba tan arraigada en nuestro pueblo, podían escoger entre el Smyrna Club, Los Angeles y el Salón México. Años después, Agustín Barrios Gómez abrió en el hotel Plaza Vista Hermosa, el Afro, “un estado de ánimo”, cerca del cual estaba un sitio de singular arquitectura llamado El Eco. Los porrones y el flamenco animaban al Gitanerías y la rumba caliente al Prado Floresta. Tino Contreras emulaba al “hombre del brazo de oro” en el Riguz y Lobo y Melón divertían a sus clientes habituales en Rúa 20. Los Globos, La Fuente y el Terraza Casino presentaban variedades y orquestas famosas como la de Pérez Prado, Los Ruffino y los Castro y para quienes buscaban esparcimiento a precio más accesible, estaban el Pigalle en el rumbo de San Juan de Letrán y el Tenampa y Guadalajara de Noche de la plaza Garibaldi.



Hotel Reforma
Arquitectos Carlos Obregón Santacilia y Mario Pani



Hotel del Prado
Arquitecto Carlos Obregón Santacilia



Hotel Camino Real
Arquitecto Ricardo Legorreta



Hotel Condesa del Mar en Acapulco
Arquitectos Mario Pani y Luis Ramos

A Manuel Suárez, exitoso empresario, se debió la creación del Hotel Casino de la Selva, en Cuernavaca, el Mocambo, el Lincoln, el Luma y el enorme Hotel de México, que nunca pudo terminar. Estuvo asociado con José Inés Loredo, a quien debemos la receta de la Carne Tampiqueña y la escuela que muchos tuvieron en sus establecimientos: Tampico Club, Lincoln, María Candelaria, el Hotel Inglaterra en Tampico, el restaurante Colonial Loredo y el Mesón del Caballo Bayo. César Balsa llegó a México en 1949 y fundó La Ciudad Gastronómica en dos ubicaciones: Balderas y 16 de Septiembre. Para abrir su primer restaurante, Focolare, escogió una casita de la Colonia Juárez, zona residencial algo distante del centro, en donde sólo existían algunos restaurantes como el 1-2-3 y el Bellinghausen. En Focolare se dieron cita personalidades de las finanzas, la industria y la política. Allí nació la llamada Zona Rosa, que pronto se vio plétórica de establecimientos afines: Jacarandas, Can-Can y El Presidente; Delmonicos y Mauna Loa; Villafontana con sus “violines mágicos”; La Góndola, La Pérgola y La Veranda de comida italiana; el Rivoli, el Chalet Suizo, Chipp’s, Konditori, Luau, El Parador, Normandie, Passy, Monte Casino... El imperio de César Balsa se extendió pronto por toda la República. Tomó los hoteles de Manuel Suárez, firmó un contrato con el magnate boliviano Antenor Patiño para manejar el Hotel María Isabel, fundó la empresa Nacional Hotelera para operar El Presidente en varias partes del país y los hoteles Alffer, Condesa del Mar, La Misión y Del Prado, las cafeterías Koala, el restaurante Mirabel, el cabaré Tangaroa y varios restaurantes en los aeropuertos. Durante un tiempo operó incluso el famoso St. Regis de Nueva York.

José Brockmann, otro gran promotor, tomó a su cargo la operación de los hoteles Ritz, De Cortés y Majestic e hizo contacto con Edward Carlson, que entonces encabezaba la cadena norteamericana Western International Hotels, ahora Westin, para formar una alianza que le permitiera el acceso a la tecnología moderna. Los norteamericanos, por su parte, estaban interesados en expandir sus operaciones fuera de su país y les atraía el futuro turístico de México. Brockmann acudió a sus amigos y les expuso su idea de construir hoteles con grandes jardines, con diseño de famosos arquitectos mexicanos. Como símbolo de estos paradores, muy a tono con los caminos reales históricos, se colocarían en ellos diligencias de postas impecablemente restauradas. En breve estuvo funcionando el primer Camino Real, en Guadalajara. Como emblema de Western International Hotels de México se construyó el Hotel Alameda, que en poco tiempo se volvió popular entre los hombres de negocios y fue un centro de la vida nocturna en el corazón de la ciudad. Camino Real se convirtió en la cadena hotelera más grande y mejor manejada en el país.

Pero el mejor ejemplo de la hospitalidad mexicana moderna se formó y se conserva en el puerto de Acapulco. Antes de su desarrollo turístico, esta ciudad había permanecido muchos años como una somnolienta villa de pescadores, pues su importancia como puerto había menguado desde el último arribo de la Nao de China. Fue hasta que se construyó una

carretera a través de la agreste sierra que la separa del altiplano, cuando se comenzaron a escuchar los entusiastas comentarios de sus visitantes. Para ubicar los primeros hoteles se dio preferencia a los cerros vecinos al poblado, debido a las maravillosas vistas panorámicas y a la brisa que refrescaba el ambiente cuando no existía aún el aire acondicionado. Los turistas llamaban a las playas de Caleta y Hornos “la playa de la mañana y la de la tarde” y las ocasionales salidas de esas zonas se hacían a Pie de la Cuesta y a Puerto Marqués, a través de un camino muy angosto que serpenteaba por los cerros.

Cuando el General Almazán, opositor de Manuel Ávila Camacho, se retiró de la competencia por la silla presidencial, al término del período cardenista, fue premiado con lo que los americanos llaman “el paracaídas de oro”, consistente en su caso de valiosos terrenos en el país. En Acapulco construyó Almazán el Hotel Papagayo a principios de los cuarenta, lo que expandió la población hasta la playa de Hornos; su lugarteniente, el general Segura, construyó “Los Pingüinos”; y Alfonso Córdova, “Las Hamacas”. En los años siguientes, los montes aledaños a la bahía se fueron cubriendo de hoteles que ofrecían buena atención y panoramas extraordinarios: El Mirador, Del Monte, Majestic, Prado Américas, Palacio Tropical, Caleta, Club de Pesca, Boca Chica y Los Flamingos. Cuando comenzaron a volar los “jets”, hacia fines de los cincuenta, cuatro grandes hoteles pusieron a Acapulco en un sitio privilegiado: Pierre Marqués, El Presidente, Acapulco Hilton y Las Brisas. La etapa que marcó el apogeo vino con la construcción del actual aeropuerto en 1966 y la llegada de Braniff, American, Western, Eastern y otras aerolíneas. Datan de entonces los hoteles Marriott, Hyatt, Holiday Inn, Condesa del Mar y Acapulco Princess. Acapulco generaba más ingresos por turismo que cualquier otra ciudad mexicana, mientras Puerto Vallarta se desarrollaba paulatinamente, como correspondía al pequeño paraíso que era, y Cancún existía tan sólo en las mesas de dibujo de los proyectistas empleados por Fogatur, la antecesora de Fonatur.

Los tiempos han cambiado. En los hoteles desaparecieron los conmutadores, los *page boys* y las ascensoristas. La portentosa máquina registradora National 2000 y la impresora Elliot Fisher se tornaron tan obsoletas como los aguamaniles y las escupideras. Pocos son los gerentes que hoy no llevan un título académico. El mundo es otro, las cosas son diferentes y muchos destinos turísticos han perdido quizás algo o mucho de su encanto. Pero de cualquier forma, la gente seguirá gozando siempre de la maravillosa experiencia de viajar y los niños se seguirán emocionando durante su primer viaje a una playa o a una gran ciudad, o en su primer vuelo en avión. ☒

Isla de Cozumel, enero 2005

Francisco Morales (México, 1936). Hotelero mexicano, fue presidente de las Asociaciones de Hoteles de Mazatlán, Tampico y Acapulco y reside desde 1974 en la isla de Cozumel, en el Caribe mexicano, en donde administra con su familia varias tiendas con la marca “Los Cinco Soles” y dos restaurantes dedicados al turismo.